

---

## Dos cuentos de Manuel Gayol Mecías

---

### La trémula luz de los espejos

Mi espejo engendró  
la fiel imagen que inicia su periplo  
*Eliseo Diego*

Ciertas veces yo he visto a Alejandra escudriñar la oscuridad; rebasar la falta de luz de un apagón intempestivo, con los ojos que arañan el espejo y se dilatan hasta sentir ese leve resplandor del azogue que le permite recuperar la antigüedad de su imagen. Alguna vez la he visto mirarse a hurtadillas, y ha sido como espiar un sueño vivo: su figura concentrada ante la luna del espejo, deshaciendo la vejez en una persistencia de

recuerdos, reconstruyendo la penumbra de otra noche que se va alzando pausadamente en el entorno. Parece como si ella se desprendiera del suelo para permanecer en la íntima ingravidez de los pensamientos. Entonces, la penumbra surge de una suave luz que rodea su cuerpo. Estoy seguro que sólo así le es posible crear la visión silenciosa de aquel mundo que únicamente ella viene a ser capaz de contemplar. Porque Alejandra, en esos momentos, no tiene conciencia del presente (mejor diría que por su carácter reacio no quiere tener conciencia del presente), y cree hallarse en el ático de la vieja casona.

Al otro día lamenta que le hayan robado los libros de Cadahía, o que no aparezcan aquellos que ella solía consultar. En ocasiones, cuando despierta de verdad, blasfema contra la carestía de los nuevos tiempos porque tiene que habitar esta casa que está cuarteada y manchada, y es entonces que se apresta a dar rienda suelta a los recuerdos, porque Alejandra es así, incoherente y conflictiva, un espíritu contradictorio que mortifica y asusta cuando maldice. Pero más allá de todo, yo sé que ella es una compleja consecuencia de la vida, una buena y dulce realidad que existe, que aún está de pie como si fuera uno de esos autos viejos de los años treinta que continúan caminando, convenciendo de su ficción a los incrédulos. Y Alejandra convence a pesar de cualquier criterio en contra suya, porque por encima de todo desborda una digna imaginación de humanidad; porque aún, en las postrimerías de este siglo, podemos percibir ese hálito de mariposas que nació con ella.

Con el bastón raído —casi todo en esta ciudad está vetusto, dice— desanda los espacios de esta casa, que como la antigua mansión de su adolescencia también ahora se encuentra entre nubes tormentosas. Es así que Alejandra arrastra consigo los más intensos demonios del pasado, rehaciendo historias en cada conversación, incluso adaptándolas —si es preciso— a las posibilidades del presente. Pero nunca renuncia a los deseos de

escabullirse en el tiempo. Aunque sabe que en la otra época siempre estuvo rodeada por la incompreensión —que es una manera más de nombrar la soledad—, prefiere afrontar esas congojas que le quedan. Por eso, en verdad, su nostalgia no deviene solamente un artículo de fe, sino además una fuerza que se ha formado con ella, tan insondable como su alma, si no es su misma alma... Y esto Alejandra lo ha escrito sin dejar de comprender que la infancia y la juventud que pasó en aquella primera casa, fue su trayectoria de las ansias reprimidas, pero también la de las vivencias más felices y de su pureza, que de hecho nunca la perdió, dice.

Hay cosas tan hondas... que uno al repetir las corre el riesgo de desvirtuarles el sentido. Por lo que yo trato de transcribir con fidelidad sus sentimientos, aun cuando a veces tenga que interpretar algunas extrañas anotaciones suyas, que al quedar inconclusas pierden todo contacto con el hilo de mi historia.

Y en mi historia (que es la suya), Alejandra plasma una estela de deseos inhibidos que parece venir de un eterno sentido de ámbar... Quién sabe si el ámbar quedó flotando en la lejanía de algún asombro... Redondas tiene las manos que se bambolean y gesticulan de pronto, como para apartar las telarañas invisibles de un nuevo laberinto. Dan deseos de vivir los recuerdos que le parpadean siempre en el semblante, de correr con ella en el fluir de su propio verbo. Y yo me sosiego viéndola (o leyendo sus manuscritos, da lo mismo), pues entiendo que vive feliz en la esclerosis de una realidad, que todavía no me da acceso a mis ilusorias escaramuzas del ocaso.

Cada día, mi tía Alejandra reclama las curaciones de los médicos remotos, como si los médicos de ahora no conocieran los artilugios del alma, y se encapricha y habla de las enfermedades al igual que una mujer milenaria que las ha sufrido

todas. Las dolencias para ella han sido un tema irrecusable, en el que los viejos médicos de la familia han mantenido la llama olímpica de ciertos nombres en la mente de esta anciana inextinguible. En fin, yo creo que los males que cuenta haber padecido –y esto ya lo escribí alguna vez– responden a ese mecanismo de defensa que Alejandra ha establecido en contra de la soledad. Otra cosa es que cuando calla uno sabe que está pensando en el amor de Cadahía. Porque los silencios que hace son tan largos como las lágrimas que lentamente le ruedan por los ojos.

Desde la tarde en que Cadahía le regaló el caracol y le dijo que el mar era el espejo de Dios, Alejandra comenzó a sentir que todo provenía del agua, como si el océano desconocido fuera el mismo Dios que rodeaba la isla en todas partes y en el canto del caracol se escuchara el unísono murmullo de los astros... Y a mí me gusta que diga estas cosas de Eliseo, el poeta que un día puse en sus manos para aliviarle la incertidumbre, porque ella las ha hecho suyas como cuando se adueñaba de las historias de la familia.

Pero en realidad, si hay algo que yo ahora pretendo recalcar es que Alejandra no sólo se siente poseída por el recuerdo de la antigua casa y de los seres que allí habitaban, sino también por el de aquel hombre que la hizo conocer, en la expectativa del crepúsculo, un tránsito de sensaciones que se alojaron en su espíritu. Además, el hombre hubo de decirle que la eternidad estaba en ella misma, en las palabras que fuera capaz de articular para perpetuar sus emociones. Así, nunca habría que lamentar el ocaso, porque la palabra podía detener el tiempo, pues no era más que una dimensión del alma... Digamos que fue de esta manera cómo se fijó la aventura de Cadahía en el corazón de la muchacha, la esencia de un hombre que la supo amar con la intensidad de una época... ¿Y es que hoy en día el amor no es tan intenso como antes?, me pregunto yo.

En el presente, la oigo comentar acerca de cosas que para ella son inexplicables, por ejemplo, cuando no entiende eso de las sequías que perduran, *porque dicen que en nuestros días la lluvia no es igual*, escribe, como si el agua dependiera del fuego, *esta agua de ahora que a veces se escurre por los caños de la ciudad y se evapora, y no regresa durante días y meses*, añade. Es que cuando falta la lluvia a ella le vienen los dolores de cabeza. Porque con la lluvia se concentra mejor en su nostalgia. Por eso mientras llueve yo la sé feliz, debido a que recuerda mejor a la familia sentenciosa que la rodeaba y la casa de la otra época que hoy yace convertida en ruinas.

Es cierto que el primer amor puede dar reacciones impredecibles; de eso no me cabe duda al escucharla hablar con los fantasmas y leer sus cartas (que me las mostró mi madre Catalina), dirigidas al divino Cadahía, a quien siempre se quedó amando... Hay otras cartas para su hermano Adonías, en la que Alejandra refiere cosas del ámbar, cómo influyó el ámbar en la manera que tuvo de amar al prestidigitador perdido. *Qué importa -escribe- si todo es un sueño largo, un sueño vivo, aunque hecho de brumas, pero un sueño sin fin*. Y la siento gimoteando en el cuarto como un animalito indefenso que se asusta de la realidad. Al descubrir mi presencia, en seguida se seca las lágrimas y se queja de los achaques del cuerpo, inflamado por la vejez -agrega-, y no por la comida (que a ella le ha dado por comer desmesuradamente a escondidas de nosotros). De manera apresurada sonríe con esa levedad que tiene en los ojos; o mejor, intenta sonreír con una muequita pálida, y se pone a hacer snif snif con la nariz, alegando que el catarro es peor que la calamidad de la sequía, o de los ascensores que se rompen o de la falta de los alimentos para su dieta absurda, que de hecho resulta insuficiente. Y es entonces que no deja que yo me introduzca en su tristeza, porque teme contagiarme... Pero Alejandra no imagina siquiera que yo la estoy rehaciendo (que al menos trato de rehacerla) para salvarla de la soledad.

También debo decir que mi tía esconde sus ansias para sacarlas en las noches de luna, como si inventara soliloquios por los pasillos de la vieja casona. En efecto, alguna que otra noche de desvelo, atento al mínimo ruido del ambiente, la he escuchado caminar por esta casa de hoy, tan grande por dentro y tan pequeña por fuera, y tandistinta a la que ella vivió; y pienso que anda así en busca de su tacto perdido. Sucede que Alejandra aún tiene la esperanza de esfumarse hacia atrás, hacia el zaguán de las arecas y los corredores del crepúsculo, y de esta manera estremecerse con el frío de la ventisca y de la lluvia salada que llegaban del norte.

Antes —cuando vivía en aquel pueblo—, Alejandra no tuvo el mar tan cerca como hoy; y, no obstante, añora aquel mar que desde lejos la envolvía con su humedad. Esto prueba que las cosas del pasado influyen por ser una dimensión que persiste en el presente, sólo alcanzable en los recuerdos; ella ama el mar que imaginaba cuando, incluso, no lo conocía. En aquella época sabía del mar por oírlo en el caracol que Cadahía le regaló. Y la concha era como el sentido de otra vida: una mínima espiral que le otorgaba la posibilidad de ser otra mujer. Ha llegado a decir en sus escritos que en el caracol sentía su propio olor a sexo; como si el molusco se hubiera apoderado del perfume de su identidad, y luego con un hilo de sonido profundo la hiciera revivir el momento del primer abrazo, del primer beso y de la primera emoción que la ascendió entre las piernas.

Es por esto que Alejandra también ama a los espejos —me digo— que son como fragmentos del océano de donde proviene el caracol que está guardado dentro del armario. El hecho de esa obsesión por los espejos no es un mero capricho de su mente enrevesada, sino la respuesta inconsciente de su creencia en la vida, y por lo mismo vuelve y revuelve el laberinto del pasado. Y ese regreso tiene símbolos que son como las puertas de entradas que conducen a los sueños... Pero Alejandra habla, en

ocasiones, del sendero de un cálido misterio por donde trasunta la trémula luz de los espejos, y que más allá del cristal, en la distancia lejana de aquel pueblo, ella logra ver que el punto de luz (su resplandor, diría yo) sale de la espiral del caracol. Dice que la claridad surge como un punto primero que va haciéndose humo denso, y después se transforma en un tenue murmullo, afinado y largo, como la duración de los sentidos. En tal caso, el caracol queda dentro del espejo y el espejo es la puerta para aquel que tenga ojos y vea el fulgor de un sueño infinito.

Parece que la refulgencia del caracol irradia ahora alguna escena. Quizás sea el último acto que dejó el zarco en los recuerdos de Alejandra, cuando el reloj se detuvo en una acción secreta, o en verdad fue la pasión agónica de haber sido poseído por primera vez... El le decía que tenía el deseo humedecido de amor y que esa era su mejor prueba que podía dejarle más allá de las promesas; que su destino estaba hecho a las contingencias de la vida. Y por esto último lo acusaban de revoltoso y lo buscaban como a un criminal empedernido, enredador y falta de escrúpulos; un rebelde de la peor laya. Y en seguida le narraba sus avatares con tanta sensibilidad y sensatez que Alejandra no sólo los creyó, sino que los fue transformando en el amor que poco a poco la puso en contacto con la realidad de esa otra vida que comenzaba fuera de la casa.

Además, con Cadahía ella aprendió la clave de los ojos, porque él decía que en los ojos estaba la llave que abría la compuerta de los sueños, y en cada mirada había un camino de sorpresas, de asombros que se quedaban en lo infinito de la memoria. Sólo bastaba desearlo, asumir la esperanza más humana y el planeta cambiaría la rotación sobre su eje.... En verdad no dudo que la rotación del planeta haya que cambiarla.

Entre sus escritos aparece la escena del bosque, cuando el hombre se detuvo ante ella y le dijo que venía del mar, que

estaba enrolado en una conspiración contra la muerte, un complot contra la infamia y la mentira, que él estaba allí —aunque eran muchos otros que lo esperaban en un lugar oculto— porque pretendía acabar con la violencia del poder... Pero antes quería llevarse el olor de su cuerpo y su intimidad de mujer enamorada.

El zarco no era un hombre esbelto, dice, pero ella ya no retiene su rostro, sólo el fognazo de los ojos azules, y en sus escritos se lee que *los ojos azules fulgían como dos piedras celestes que la fueron desnudando sobre la yerba y la marcaban por dentro con una fuerza desconocida.* ..Y yo ahora transcribo lo que mi voz interpreta de aquella escena, muchos años atrás, en la que el cuerpo desnudo de Alejandra gozó bajo el ronroneo de los árboles al sentir que el amor le entraba a raudales, como si el amor fuera un fluido de sentimientos que la invadía. El hombre besaba cada una de las partes de su cuerpo, y luego buscaba hábilmente la desconcertada lengua de la muchacha, que temblaba al entregarse, porque sabía ya que en el interior de su ser una intensa llama la liberaba de una carga de prejuicios: era su soledad que se rompía en hilachas de blandas desgarraduras cuando la emoción la penetraba más allá del himen y el placer se movía acompasada y frenéticamente en un nuevo universo para ello...

Es que el zarco olía a sal y a molusco tierno, dice; olía a madréporas y ostras, y a la humedad que supuestamente podía tener la hondura del mar que Alejandra no había visto. Y yo pienso que en él también se rehizo la necesidad de un amor nada imaginario, porque el amor vibró —según cuenta ella— en las palabras de Cadahía y en el brillo de sus ojos... El caso fue que él la amó con la pasión de un hombre que la poseyó virgen hasta el delirio de los juramentos.

El zarco la dejó dormida sobre la yerba y se marchó para siempre. Pero ella abrió los ojos y alcanzó a verlo antes que se confundiera con el follaje. Aún quedaba la cortina transparente de una bruma que poco a poco se fue haciendo tan verde como el bosque... De pronto, Alejandra corrió hacia la breve colina que se levantaba a unos cuantos metros de distancia y volvió a verlo cuando él salía de la espesura e intentaba un corto rodeo, como para orientarse, hasta que de nuevo se perdió entre los árboles.. Ese fue el momento en que ella dio el único grito de su vida... Después sintió que no oía bien, como que la ausencia de Cadahía le había dañado los tímpanos, y rechinó los dientes para maldecir los ojos azules de aquel hombre que prefería la suerte de los conspiradores a la humillación de vivir sin libertad. No obstante, supo que se mentía a sí misma, y, cuando se serenó, nunca más renegó del zarco. Con el tiempo, los gestos y los detalles en el rostro de Cadahía se borraron de su mente, y sólo le quedó el asombro del amor, que es como decir: la esencia del único ser que la poseyó en la vida.

Más tarde, al enterarse que la conspiración había fracasado y que los hombres, sorprendidos, no tuvieron otro remedio que regresar al mar y hundirse con su propio barco, Alejandra se entregó a la lectura de los libros que alguna vez pertenecieron al zarco Cadahía, buscó su paz interior en el ático de la casa y dio paso entonces al juego de los espejos, con la obsesión de colocar uno frente al otro y ver cómo su rostro se repetía incansablemente... Con ello —sin saberlo— inició su mundo de imaginación para dar lugar a los manuscritos que ahora van saliendo de la trémula luz de su memoria.

## Los gozos del Pudi

El compañero profesor no parecía tan ingenuo, porque sabía insinuar ideas eróticas al impartir sus clases de biología. A veces deslizaba chistes, a modo de recurso, que le permitían fijar en la memoria de los alumnos términos difíciles de pronunciar y mecanismos fisiológicos complejos de las partes pudendas del hombre y la mujer. Cada vez que daba clases, de alguna manera, terminaba hablando del aparato reproductor del ser humano y usaba, indefectiblemente, la expresión de “partes pudendas”. De aquí le vino el sobrenombre de profesor Pudi, del cual él nunca se enteró hasta la noche en que Marja se lo dijo; o mejor, se lo escurrió en el oído con un chiqueo de golondrina apasionada.

El asunto es que el Pudi sí se entusiasmó con Marja desde el primer día que la vio en el aula. Pero no se atrevió a decirle nada de inmediato, sino que esperó la ocasión propicia, hasta que la ocasión llegó con una profunda duda de la muchacha, que no vaciló en inclinarse demasiado ante él para que le revisara el cuaderno de notas. Entonces fue que el profe la miró a los ojos y le dijo que ella servía para modelo; y Marja, sorprendida, le preguntó si él le hablaba de Tropicana. Pero el Pudi, con una pícaro sonrisa, le respondió que no, que él se refería a ser modelo de estudiante, y no a otra cosa, qué caramba... Y ahí empezó a gestarse el amor brujo —dijo Marja, porque el tipo le gustó desde ese día, y no le costó ningún trabajo citarlo para el pase siguiente, al final de la semana.

Desde el primer día que salieron, el Pudi la gozó con el ansia de todos sus sentidos; o mejor, la gozó (y la hizo gozar) con las técnicas pulidas de un prestidigitador. Bastó ir a un club... Al Turf —recordó Marja, tomarse unos tragos de menta senta-

dos a una destartalada mesa que se veía como una mancha negra dentro de la misma oscuridad, después bailar unas piezas suaves cantadas en inglés y fundir las dos cinturas en un solo movimiento, para que se desatara el vértigo de los deseos reprimidos. A partir de ese momento, las relaciones giraron en un carrusel de encuentros y de asombros, como alguna vez —adelantó ella— otras nuevas relaciones suyas girarían en un tiiovino fantástico a la manera de los *Merry-go-round* de Disneylandia.

Muchas noches, el profesor de biología caminó con ella por insospechados lugares y calles de La Habana Vieja, que tenían su evidencia de miseria y soledad, pero que él supo reanimar con gusto voluptuoso al hacerle conocer a Marja los rincones insinuantes que se debatían entre farallones de vetustas casas, con sus balcones volados que amenazaban con desprenderse de un momento a otro, con sus pórticos profundos de puertas abroqueladas y raídas que a veces quedaban abiertas indicando el paso a un patio desprovisto de todo orden, y donde la oscuridad se hacía aún más inquietante. Después de las doce de la noche, los pórticos semejaban pasadizos hacia círculos profundos. Otras veces, las sombras de las calles sobrecogían los cuerpos de ambos que avanzaban abrazados por la cintura, como escondiéndose de la vista furtiva de un posible ladrón o asesino... Porque en esas calles, a horas tan altas de la noche, acechan los peligros que se ven en cualquier película —explicó Marja. No hay paz y se corre el riesgo, que con el tiempo se ha venido haciendo más alarmante, al extremo de que sólo te atreves a adentrarte por esos lugares si eres alguien vinculado, de una forma u otra, al fenómeno de la marginación, como descubrió más adelante la Seráfica, cuando se enteró de que el Pudi era un profesor de amplias habilidades que pertenecía a una brigada especial de instructores, un karateca, cinta negra y tercer dan, que colaboraba con los hermanitos del MININT y estaba en posesión de múltiples conocimientos prácticos: llaves

y artimañas de neutralización en defensa propia y contraataque, alegaba el hombre. Por eso él la paseaba entre las sombras de aquellas calles, en busca de la tensión de todo el cuerpo de Marja, porque las sombras también se antojaban muy sensuales, casi prostibularias, al proyectarse sobre las aceras y adoquines hasta ganar en una oscuridad plástica, como si al entrar en la oscuridad, a medianía de una cuadra, traspasaran una frontera de ondas lúbricas —o fueericas, diría un fantasiOSO—, donde podría sorprenderla el contacto con un monstruoso espíritu o sentir la mano de un carnicero como *Jack the knife*, que desde el pasado venía huyendo en una robada máquina del tiempo; o entraran en un mundo soporífero que el Pudi sabía imaginar como un olor sacado del olvido de la infancia, y que los llevaba al suspenso de la inminencia, del atisbo, de esa tensión que al fin endurecía el cuerpo de la Seráfica y abría sus poros por donde la penetraban los hilos de aire, y le creaban la necesidad incitante de sentirse protegida, la necesidad de sentirse abrazada en medio de una oquedad silenciosa.

El Pudi le enseñó así la destreza de hacer el amor a pie juntillas, debajo de una escalera, como si los dos cayeran de pronto en el remolino de un tiempo imprevisto al fondo de una cuartería, nunca advertido por los propios inquilinos; le enseñó los trucos de la succión bucal sobre el glande impaciente, cuando se sentaban en la penumbra de alguna ventana y podían inspirarse, incluso, en la respiración —quizás agitada— de los durmientes detrás de una pared; le enseñó la postura que debía adoptar en cualquier banco de la avenida Paseo, en la zona del Vedado, para que los dedos de él se pudieran deslizar, disimulados, hasta el pubis húmedo de la muchacha, a priori desnudado debajo del vestido, y siempre palpitante al recibir la visita de aquellos diminutos huéspedes que eran los dedos nocturnos y toda la mano del Pudi; le enseñó asimismo el regodeo de ver películas baratas en los cines más inesperados de La Habana, mientras los dedos, otra vez, y los labios

asumían el papel de los protagonistas amantes, o si no el de los protagonistas que apretaban la carne como dígitos espeluznantes, y Marja entonces se quedaba con la fijación de una escena sangrienta entre samurais, o de una persecución de autos, o de explosiones inusitadas que por segundos la hacían afianzarse a la mano oportunista que aprovechaba todas sus impresiones, hasta la más pueril, que se podía dar en la panorámica de un campo de caña, o de un centro de producción magnificado o en las escenas de asambleas fabriles aparecidas en un documental.

Sin embargo, hubo noches en que el profesor Pudi no la paseó por los vericuetos de La Habana Vieja —cuando irremisiblemente terminaban en un cuartucho apuntalado que les alquilaba un insignificante amigo de él—, sino que la paseó (y la poseyó) por las negruras frondosas y embadurnadas de sal del municipio Playa, por la Quinta Avenida, por ejemplo, donde en una ocasión el profesor de biología estudió cada una de las partes erógenas de Marja, dentro de una glorieta abandonada, oculta como quien dice entre varios árboles enormes y densos. Y allí la registró enloquecidamente, como un experto que no había olvidado su linterna para alumbrarle la vulva enrojecida, más bien incandescente, y en seguida, con presteza, separarle con sus dos pulgares los labios mayores y menores y dejar al descubierto el punto más lúbrico de la muchacha. Con una lengua larga, recia y prolija, se dedicó a auscultar cada una de las terminaciones nerviosas y libres del clítoris, haciendo que todo un caudal de sensaciones eróticas fluyera hacia el cerebro de Marja. Esa noche, el Pudi le introdujo su lengua como un pincel empapado de saliva, espumosa y caliente, que subía y bajaba desde el perineo hasta el cuerpo del clítoris alteradísimo, altamente vibrátil, englandecido como nunca antes y erizado en su magnitud de membrana fibrosa. Después, la lengua atravesó el introito, donde quizás rozó con algún resto de himen antiguo, desgarrado ya desde lo remoto de su posición fetal, y

recorrió el nuevo placer que le ofrecía la vagina; entró, con precisión, en la ardiente región de los goces potenciales que la Seráfica acumulaba siempre para esos momentos de clímax, en los que las sensaciones eran milimétricas, como si el espacio del conducto fuera el umbral de un microcosmos lleno de ensueños, íntegro de espasmos, repleto de fibras alucinógenas, impuesto de temblores constantes, de expansiones inverosímiles y contracciones poderosas que partían del endometrio prolífico, gestativo; el endometrio como elemento impulsor de la vida, en su postura última de confín impredecible del útero-universo. Las paredes de la vagina de Marja constituían un espacio fantástico, de mucosa caliente y suave, que lubricaba sin cesar las papilas linguales del Pudi, que ya estaba estirado hasta más no poder sobre su propio cuello, con el rostro metido entre la sínfisis dorada, su nariz respirando el olor sabrosamente carnosos, penetrante, de tejido salado y agrídulce, de la pulpa más perturbadora del mundo... Y con esto el profesor quería decir que estaba asombrado y despepitado de complacencia; porque, claro, toda esta descripción sensitiva se la transmitió a Marja otro día en que recordó esa noche de la glorieta, cuando se puso a revisarle con la linterna los delicados pliegues y después gozó de las mejores funciones vaginales de la Seráfica.

También la llevó por la calle Tercera, en los alrededores del hotel Tritón, una noche más en que la obligó a respirar, en un solo golpe de mar, todo el salitre del Atlántico, y la hizo que oyera -dentro del mismo golpe- el mayor rompiente de las olas contra los arrecifes, cuando la ensartó por el ano y le llegó a sus más recónditas cavidades viscerales, y Marja tuvo que declarar entonces que se había sentado sobre el cetro candente de Poseidón.

En resumen, el Pudi la contagió con el suspenso que aguarda en las callejuelas y avenidas de La Habana; con el trasiego apretadísimo de los cuerpos en las guaguas repletas,

el roce caliente y sugestivo de los sexos; con el hecho de experimentar las posibilidades eróticas que ofrece la oscuridad de un portal o de un entramado de árboles y enredaderas, como la vez que descendieron por la calle mal alumbrada que desembocaba en el Bosque del Río Almendares, y se vieron envueltos en tanta soledad lujuriosa, que Marja creyó que había retrocedido a la era de las cavernas, porque el Pudi se comportó igual que un verdadero animal salvaje, un felino que la arañó, la marcó y la golpeó en el puja que puja de su pasión. En fin, Marja supo apropiarse así de la manera de sacarle partido a la vida vinculando las partes pudendas del hombre y la mujer a los lugares más cotidianos de la noche.

Bien que a pesar de lo mucho que la subyugó el compañero profesor Pudi, la Seráfica no dejó de verse con otro profesor —el Bobi o el Bobino, como le decían—, a quien invitaba invariablemente a comer pizza. Fueron pocas veces, pero en realidad alternó con este profesor de matemáticas para asegurar las ganancias de su asignatura, aunque me confesó sin rubor que quien le gustaba de verdad era el profesor de biología... Y todo porque aquella tarde de la duda, ella le insinuó al Pudi que quería conocer a saciedad el aparato reproductor del ser humano.